

SEXISMO Y LENGUA. ¿QUÉ NOS DICEN LOS ENFOQUES DISCURSIVOS?

MILAGROS FERNÁNDEZ PÉREZ
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA
magos.fernandez.perez@usc.es

Resumen: En sexismo lingüístico, son los marcos discursivos y conversacionales los terrenos mejor abonados para las asimetrías entre los participantes. En este trabajo se subrayan algunos indicadores sintomáticos de relaciones de poder descompensadas. Sobre todo a causa del predominio de actitudes arraigadas en las prácticas discursivas de los varones. La *teoría de la mente* (Benveniste) destaca elementos formales en la enunciación que funcionan como «huellas» de la *toma de perspectiva* (dominio, solidaridad, cooperación, manipulación) del emisor ante los participantes. Parece importante detectar las asimetrías para reconocerlas y actuar con prevención. Será así posible diseñar reglas de interacción que redefinan los papeles y promuevan cambios en las representaciones sociales (las llamadas *ideologías de género*).

Palabras clave: *Lenguaje y género, análisis de la conversación, pragmática del discurso, sexismo lingüístico.*

Title: Sexism and language. What do discursive approaches say?

Abstract: Discursive and conversational contexts are the best fields in linguistic sexism to see the asymmetry between its participants. There are some symptomatic indicators of unbalanced relations of power emphasized in this work, mainly because of the predominance of some discursive practices rooted in males. Benveniste's *theory of the mind* highlights formal elements in enunciation that function as «marks» of *the speaker's perspective* in relation with the participants in terms of domination, solidarity, cooperation or manipulation. It seems important to detect these asymmetries in order to point them out and act with precaution. This way it will be possible to design rules of interaction that redefine the roles and promote changes in social representations (the so called *gender ideologies*).

Key words: *language and gender, conversational analysis, discourse pragmatics, sexism and language.*

INTRODUCCIÓN

Con recurrencia en los aspectos más morfológicos y quizás léxicos de la lengua, cada cierto tiempo se plantea de modo cadencial la cuestión del sexismo en el idioma español¹. Con objeto de limar la excesiva frecuencia de los genéricos en masculino y para orientar hacia prácticas que neutralicen su abuso y comprometan la presencia de femeninos en los intercambios verbales. El argumento clave es que la lengua resulta susceptible de modulación hacia situaciones más equilibradas, y con ella también las actitudes sociales respecto de la equiparación entre sexos. En una palabra, que la lengua refleja las relaciones de poder vigentes en la sociedad, así que si se operan cambios en los usos verbales, el viraje en la esfera representacional llevará a la transformación social.

Sin poner en duda la idoneidad del planteamiento y quizás también los argumentos de revaloración de significados que higienicen algunas connotaciones, no obstante en el proceso de cambio de las representaciones para conseguir las mutaciones sociales esperadas conviene no sustraerse a los intercambios discursivos, en cuyo marco se plasman de manera rotunda las relaciones (desiguales) de poder. En sexismo lingüístico, el nivel discursivo y conversacional se construye como terreno abonado para las asimetrías. Y debería ser en este ámbito en donde se acentuasen las intervenciones encaminadas a los reajustes sociales.

Es cometido de este trabajo poner de relieve algunos parámetros discursivos y conversacionales sintomáticos de relaciones de poder descompensadas por el predominio de actitudes arraigadas en las intervenciones de los varones. Detectados los indicadores afectados, será labor educativa diseñar reglas pragmáticas que permitan redefinir los papeles o, al menos, señalen las asimetrías para reconocerlas y actuar con prevención.

1 El debate más reciente se ha producido a raíz de la publicación del informe de la RAE elaborado por el académico D. Ignacio Bosque (“Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer”), y suscrito por todos los asistentes al pleno del día 1 de marzo de 2012. Véanse, entre otras, las reacciones en diarios como *El País* o *ABC* en la primera quincena de marzo de ese año. Y consúltense, entre otros, el compendio editado por F. San Vicente & M. L. Calero Vaquera (2012).

1 PRAGMÁTICA ENUNCIATIVA, PRAGMÁTICA ESTRUCTURAL Y PRAGMÁTICA REPRESENTACIONAL

Los usos verbales retratan al emisor, cada hablante es de algún modo «prisionero» de automatismos con carga simbólica que definen sus patrones de habla. La Pragmática más reciente no limita su interés por las reglas de uso a los entornos comunicativos y marcos contextuales en los que se produce la dinámica de los intercambios. Han calado planteamientos procedentes de la llamada *teoría de la relevancia* (Sperber & Wilson 1986) y de las *implicaturas conversacionales* de Grice (1975), para que en los procesos de praxis comunicativa se tomen en consideración los aspectos cognitivos parejos a las motivaciones intencionales del hablante y ligados al conocimiento y a las presuposiciones sobre el interlocutor. También el análisis del discurso y la llamada psicología discursiva y representacional han contribuido al análisis de códigos ideológico-interactivos². De manera que en la actualidad la esfera pragmática no se limita a la comunicación en el sentido más estructural y sistémico, sino que contiene ingredientes relativos a la mentalidad y a la escala de valores que confieren significado simbólico y social a las palabras y a los procedimientos empleados: son la Retórica cognitiva, con calado en publicidad y en traducción, o la Pragmática cognitiva, con importancia creciente en la enseñanza de segundas lenguas. O, visto desde el rigor histórico de propuestas y modelos, se trata de la conjunción de las huellas del pensamiento (la llamada «teoría de la mente» (Blakemore 1987; cfr. Hernández Sacristán & Gallardo Paúls 2010; Gallardo Paúls & Hernández Sacristán 2013); o, más precisamente, la «teoría de la enunciación» de Benveniste 1966, 1970) con otros aspectos cognitivos en las prácticas comunicativas habituales.

Como es natural, los individuos van diseñando sus moldes comunicativos dependiendo de su participación más o menos habitual en un abanico de *redes comunicativas*. Según las mallas resulten más o menos densas y en mayor o menor grado diversas, así el sujeto delinearé códigos de interacción regulares, automatizados, esporádicos. Hay redes socio-comunicativas que, por su reiteración,

2 Algunos autores han llegado a reconocer incluso el ámbito de la «psicología discursiva» como “a branch of the psychology that uses discourse analysis rather than controlled experimentation as its primary method” (Bucholtz, 2003:53; cfr. Edwards & Potter, 1992).

definen grupos de participación y cánones en la práctica de los intercambios. En muchas ocasiones, son los códigos usuales los que determinan en gran medida los modos de hablar particulares de los sujetos, que se trasladan independientemente del contexto. Los estudios de corte representacional (en la esfera de la «psicología discursiva») defienden los depósitos de visiones y hábitos tradicionales en los enfoques conversacionales y en el manejo común de la lengua en turnos y patrones de uso. Ya no se trata tanto de formas de perspectiva conscientes cuanto de intervenciones automatizadas que dan soporte a ideologías vinculadas al género³. Quizás aquí resida la clave que explica los rasgos conversacionales definitorios de las participaciones de varones en marcos comunicativos: las «huellas de la mente» visibles en las enunciaciones constatan intercambios asimétricos en una dinámica dilatada de dominio y de poder en la gestión comunicativa.

Determinar los indicadores ideológicos ligados a las intervenciones discursivas se vuelve tarea significativa en la descripción del proceso comunicativo y en la estimación de su eficacia. De ahí que especialistas como Ann Weatherall (2000) rechacen la premisa de que el análisis del género en la conversación sólo sea admisible o interesante cuando los hablantes manifiestan abiertamente una orientación genérica, y defiendan que el género es “omni-relevant in interaction” (Weatherall, 2000: 286). Y que, al hilo de estas consideraciones, se insista en que un análisis completo de los datos del discurso requiere no sólo análisis técnico de la conversación, sino también análisis crítico de ideologías, sobre las que en definitiva descansa la interpretación social del discurso. Como señala Deborah Cameron (2003: 465),

“It is impossible to “transcend” ideology, but it is not impossible for language and gender scholars to be *reflexive* about the cultural resources that have shaped their own unders-

3 Deborah Cameron (2003) argumenta sobre la necesidad de diferenciar *actitudes* y *creencias* (que conducen a mentalidades individuales) e *ideologías* (con soporte social). Con sus palabras, “Ideologies are *social* constructs: there are ways of understanding the world that emerge from interaction with particular (public) representations of it. The study of language ideologies, then, involves examining the texts and practices in which languages are represented -not only spoken and written but also spoken and written *about* (...) Ideas about how women and men use the language, and how they ought ideally to use it, have been a recurring theme in discourse about language produced by many societies in many historical periods. Women in particular have also been prime targets for the kind of ideological discourse I have elsewhere labeled “verbal hygiene” (Cameron 1995), which sets out actively to intervene in language use with the aim of making it conforms to some idealized representation” (Cameron, 2003: 448).

tandings, as well as the understandings of the people whose language use they study. This, too, is an argument for the serious study of language ideologies. Cultural representations of language and gender are part of our inheritance, as social beings and also as linguists. Arguably, the better we understand them -where they “come from” and how they work- the more control we will have over what we do with them”.

La relevancia de los aspectos de género en el plano discursivo no deriva únicamente de las manifestaciones explícitas de los participantes, sino fundamentalmente de las representaciones de género que se dibujen, o lo que es lo mismo, de las ideologías que se vislumbren. Así que los contextos y los marcos comunicativos se vuelven clave para la determinación de valores arraigados.

Cierto que las ideologías son representaciones con depósito social, fuertemente automatizadas, pero con indudable valor por su presencia y peso en las relaciones interactivas, así que el género ha de verse como problema antes que como explicación, para ser investigado en su incidencia en marcos comunicativos. Según D. Cameron,

“gender is a problem, not a solution. ‘Men do this, women do that’ is not only over generalized and stereotypical, it fails utterly to address the question of where ‘men’ and ‘women’ come from” (Cameron, 1995: 42).

En el continuum de enfoques y planteamientos comunicativos, las rutas de poder, dominación, solidaridad, cooperación, o conflicto se construyen en contextos específicos que contienen relaciones de interacción particulares, son los «marcos» de la prácticas comunicativas los que definen los valores del intercambio (Goffman, 1974). Como señala D. Tannen (1996: 213),

“la relación entre lenguaje y género hay que abordarla a través del concepto de marco, mediante el cual se consideran los modelos generados por la conducta en conexión con la clase sexual y no con el sexo, como *una cuestión de exhibición y no de identidad* (destacado mío) (...) De esta suerte, el status y el contacto no son polos mutuamente excluyentes; por el contrario, están ambos en juego en todo momento de la interacción (...) Al mostrar la interrelación de estatus (es decir, de dominación) y contacto, así como el papel de la cultura en la negociación de uno y otro, me he opuesto al concepto erróneo de que el enfoque “cultural” de género y lenguaje y el enfoque de la “dominación” se excluyen mutuamente y se oponen el uno al otro”

Los intercambios comunicativos, si bien se analizan en el marco de prácticas

interactivas concretas y siendo sus valores derivados de las relaciones de interacción que se establezcan y cultiven, sin embargo suelen reflejar patrones ideológicos y moldes de estilo que conviene considerar. Aunque se trate de estereotipos, quizás resulten claves para comprender las asimetrías generadas en marcos conversacionales. La contraposición habitual de «estilos» entre mujeres y hombres es sin duda sintomática de papeles diferentes atribuidos (Talbot, 2003: 475), y refleja asimismo la ideología (o «representación de cada género») socialmente asentada:

MUJERES	HOMBRES
Simpatía	Resolución de problemas
Comprensión	Información
Escuchante	Hablante-Emisor
Privado	Público
Conexión	Estatus
Soportativo	Opositivo
Íntimo	Independiente

En la misma línea debe contemplarse el esquema sobre el contraste de estilos interactivos en marcos de trabajo (Holmes & Stubbe, 2003: 574):

MUJERES	HOMBRES
Indirecto	Directo
Conciliador	Confrontativo
Facilitador	Competitivo
Colaborativo	Autónomo
Contribuciones escasas	Domina el tiempo de habla
Feedback soportativo	Interrupciones agresivas
Orientado a procesos/personas	Orientado a tareas/fines
Orientado afectivamente	Orientado referencialmente

Son estos cánones, pero por encima de todo, son las representaciones asociadas las que, con seguridad, se hallan depositadas en los comportamientos

discursivos habituales. Hay que tomar, pues, en consideración estos moldes básicos para describir ocurrencias conversacionales concretas, que en su contexto y en su marco particular de interacción pueden mostrar cambios en las funciones previamente atribuidas, y también representaciones ideológicas distintas según esos papeles correspondan a hombres o a mujeres. Sucede así que el silencio o la escasa participación conversacional como propia de mujeres se interpreta como inseguridad y subordinación, mientras que en hombres simboliza autoridad y poder. En definitiva, conviene no sustraerse al principio elemental de que las relaciones interactivas se construyen en marcos comunicativos concretos, y que las funciones detentadas por participantes en la conversación se dibujan a través de sus intervenciones. Pero, asimismo, las reglas de intercambio no se instauran *ex novo*, más bien proceden de tácticas arraigadas, de ahí que se conjuguen patrones básicos de conducta conversacional con estrategias particulares consecuencia de las coordenadas concretas de la práctica. Sea para constatar situaciones asimétricas que necesitan análisis y ulterior prevención, sea para verificar que se dan procesos de cambio en el diseño de reglas de interacción co-construidas en la dinámica interactiva, en cualquier caso se vuelve imprescindible abordar ciertas formas de estilo asociadas a cada uno de los géneros. Hay, por otra parte, rasgos formales en los enunciados verbales, huellas de perspectiva, que revelan mentalidades e ideologías y definen tácticas de interacción.

2 COMUNICACIÓN Y EFICACIA. DECIR, COMPRENDER, INTERACCIONAR. HABLAR, MONOPOLIZAR, MANIPULAR

La eficacia comunicativa, máxima que regula la circulación exitosa de los intercambios verbales, se ve en ocasiones neutralizada por desajustes entre los participantes. No siempre el decir se orienta a una comunicación interactiva en la que la comprensión facilita la conversación simétrica, sino que es frecuente un modo de intervención terciada hacia el dominio, el monopolio o la manipulación del tema que condiciona en mayor o menor medida la fluidez reactiva o la transferencia sosegada de los mensajes. Hay autores que depositan el éxito comunicativo en procesos de adaptación al interlocutor, destacando lo que se denomina «fuerza empática». En opinión de Revière, Sarrià y Núñez (1994: 57),

“La eficacia en la comunicación depende en buena medida de la capacidad de tener en cuenta los ‘estados mentales’ del interlocutor, es decir, de la capacidad de adaptación a las continuas variaciones de las representaciones, deseos e intenciones del compañero de interacción. La teoría de la mente es la capacidad que permite realizar efectivamente estas adaptaciones”.

Entender las acciones de los demás y realizar predicciones de conducta resulta indispensable para manejarse en las relaciones interpersonales. En este sentido, la *toma de perspectiva* es una habilidad meta-cognitiva que conjuga ingredientes psicológicos como la empatía, el autoconocimiento o el control de las relaciones intersubjetivas⁴, de manera que corre pareja a conductas sociales derivadas como son respetar turnos de palabra, cultivar el entendimiento interpersonal o subrayar destrezas de reciprocidad. No obstante, la «teoría de la mente» no sólo permite entenderse y cooperar, interactuar y compartir experiencias, sino que también nos habilita para competir, engañar y manipular (García García 2005). El arma de doble filo de regular las tácticas comunicativas para repercutir y condicionar las reacciones cognitivas y sociales de los otros facilita intenciones perversas y marcos de intercambio en los que predomina el desequilibrio y la relaciones desiguales. En general, los marcos asimétricos no facilitan los intercambios comunicativos, sobre todo si no se detectan las desigualdades y no se cultivan métodos para soslayarlas y estrategias para recuperar el equilibrio del marco comunicativo.

Las relaciones desiguales de poder en coordenadas socio-comunicativas son, por naturales, reiteradas y frecuentes. Es importante reconocerlas para diseñar rutas que permitan su gestión y el tratamiento airoso de sus implicaciones. Es en la arena del discurso y de los intercambios conversacionales en donde arrecia con fuerza el viento del poder y en donde se produce el mayor riesgo de falta de visibilidad y anulación por motivos sexistas. Resulta imprescindible analizar las tácticas discursivas concretas para determinar las asimetrías. En opinión de D. Tannen (1994: 43),

“es preciso estudiar la operación de las estrategias lingüísticas específicas para comprender cómo la dominación y la impotencia se expresan y se crean en la interacción”

⁴ Según Martín García et alii (2006: 6), la teoría de la mente diseña la «toma de perspectiva» como destreza vinculada a habilidades psicológicas como “la empatía, la capacidad de distinguir lo que el individuo conoce de sí (autoconocimiento), o las relaciones interpersonales”.

Entre tales estrategias se cuentan las siguientes: (a) el circunloquio, (b) la interrupción, (c) el silencio, (d) la introducción de hilos/temas, y (e) la adversatividad o conflicto verbal. Cada uno de estos recursos lleva asociada una representación (*ideología*) ligada al género, que naturalmente puede alterarse según condiciones contextuales.

El circunloquio comporta beneficios si se interpreta como defensa: proporciona márgenes para cambiar de opinión al no existir un compromiso claro; o también si se toma como cauce para hallar solidaridad en contextos de lenguaje indirecto, cuando se trata de solicitar ayuda: por ejemplo, *la rueda está baja* (se pide que se infle la rueda); *el pan parece escaso* (se pide ir a comprar pan). No obstante, en cada una de las interpretaciones positivas del circunloquio, depende del género para que la representación de las rutas discursivas sea una u otra: en mujeres, la indeterminación o las fórmulas indirectas se toman como evidencia de inseguridad antes que como prudencia o como respeto o educación (representación ésta, similar a la que se atribuye a las reglas pragmáticas del gallego en la solicitud de aclaraciones mediante preguntas a interrogantes previos).

En cuanto a *la interrupción*, lo habitual es que funcione como recurso de dominio y poder en la práctica conversacional. Pero conviene aislar aquellos casos de superposición que indican interés y apoyo respecto de lo emitido; ahora bien, y como observa Tannen (1994: 46), hay que tener en cuenta que

“Si un hablante tiende a hablar al mismo tiempo que otro para mostrar apoyo y éste levanta la voz para hacer uso de la palabra, el que finalmente se queda en el uso de la palabra tiende a dominar”

El poder y el dominio se constatan asimismo cuando se interrumpe para cambiar de tema, quedando anulado incluso el papel de escuchante que debiera desempeñar el gestor que trunca el intercambio⁵.

5 Los ejemplos que proporciona Tannen (1994: 84 y ss.) son ciertamente ilustrativos de la interrupción como deseo de dominio (consciente o inconsciente): que la participante vaya a contar un chiste y que él adelante que ya lo sabe/ que ella aluda a sus problemas de salud y que él no se interese sino que introduzca un nuevo tema/ que ella se disponga a hablar y que él interfiera con la observación de que tiene algo en la barbilla. De ahí que Tannen (1994: 85) concluya

“lo mismo que ofrecer comida, quitar algo de la cara de alguien puede tener prioridad sobre la conversación; hacerlo precisamente cuando ella comienza un relato parece un signo de falta de interés en el mismo, y de falta de respeto a su derecho a continuar. Además, no se trata de un incidente aislado, sino de uno más en una serie”.

El silencio no siempre equivale a no tener mensajes relevantes que exponer⁶, sino que puede ser una forma significativa de poder (el caso de maridos/padres silentes con ascendencia absoluta en el marco familiar). Así que ni el silencio es señal de subordinación, ni la facundia lo es de poder⁷. Muchas veces las asimetrías y conflictos en el ámbito privado o familiar son consecuencia de estilos divergentes en la interacción, que se confrontan sin hallar código pragmático común⁸.

Finalmente, las tácticas de dominio y monopolio mediante la introducción de *temas e hilos de conversación* no siempre garantizan el poder en el marco de intercambios, sino que han de ser complementadas con requisitos de atractivo expositivo y argumental. Como se verá enseguida, hay que tener presentes otros recursos para estimar la incidencia del monopolio en la gestión discursiva en coordenadas de desigualdad. Y en este sentido, la técnica estelar es la de *la adversatividad* conducente al conflicto verbal: las correcciones y observaciones, las restricciones y sospechas, los boicoteos y las interrupciones bruscas y contrarias, generan conflictos (muchas veces, no sólo verbales) y crean marcos asimétricos que conviene considerar.

6 Aun asumiendo en cualquier circunstancia el significado comunicativo del silencio, su representación varía en consonancia con el género. Si en la actualidad es frecuente señalar el mutismo como prueba de inseguridad en féminas, Jespersen (1922) atribuía locuacidad vacua a las mujeres, mientras los hombres sólo intervenían para emitir mensajes con sentido y precisión. Se sostienen de este modo estereotipos que fijan características desde prismas de poder en grupos socialmente dependientes: “Gender stereotypes are closely linked with and support gender ideologies (...) Gender stereotypes linked to gender ideology reproduced naturalized gender differences. In doing so, they function to sustain hegemonic male dominance and female subordination” (Talbot 2003: 472).

7 Depende, como se ha señalado, de la interpretación contextual (en buena parte de los casos ligada a la ideología prevaleciente) que se asocie. Así que resulta conveniente describir su valor dentro del marco conversacional concreto, tal y como indica Tannen (1994: 49), “no se puede considerar que el silencio y la facundia «signifiquen» siempre poder o impotencia, dominación o sometimiento. Más bien, uno y otra implican o bien poder o bien solidaridad, en función de la dinámica analizada”.

8 Es lo que G. Bateson (1972) denomina *esquimogénesis complementaria*, y que ocurre en aquellos casos de oposición en los que el estilo de uno de los participantes impulsa a otros a formas exageradas de conducta verbal contraria. Este es el mecanismo que explica la tensión entre el silencio del marido y el empeño de ella para que hable, como se describe en el libro de Erica Jong, *Miedo a volar* (1973), y en cuyo marco según Tannen (1994: 48), “La devastación no es resultado sólo del silencio del marido, sino de la interacción entre éste y la insistencia de la mujer en hablar; en otras palabras, en la interacción de sus estilos divergentes”.

Las llamadas *huellas mentales* que hacen emerger al participante receptor (comúnmente, receptora) suelen adelantar, de manera prejuiciosa, dudas sobre su falta de competencia o de rigor, de tal forma que o bien se pone en entredicho su intervención, o bien se exige constatación de evidencias y de pruebas claras respecto de lo afirmado. En cualquier caso, la ausencia de cooperación es notable, casi siempre se trunca el hilo de conversación, y, lo que es más importante, no se aducen argumentos que soporten las funciones de dominio. En los ejemplos que se ofrecen a continuación se destacan los mecanismos de control sobre el turno de la interlocutora⁹:

1. Los procedimientos estructurales de visualización de estructuras sintácticas resultan más traslúcidos que ciertos modelos de corte mentalista.

– *¿Estás segura, sí?*

2. Aunque te lo haya confirmado, es casi seguro que no vendrá a la celebración, no se encuentra en su mejor momento y nunca encaja lo que dice con lo que hace.

– *¿Y cómo lo sabes tú?*

3. Habíamos quedado en que los trabajos en equipo figurarían con autoría múltiple compartida.

– *¿La información de dónde la has tomado? No sé de dónde has sacado eso.*

Hay ocasiones en las que la *toma de perspectiva* interviene en la disposición y el pensamiento del interlocutor mediante la introducción de marcas formales de segunda persona y, sobre todo, por la apropiación del pensamiento valorativo e ideológico del participante. El emisor se reviste de poder absoluto al adoptar un

⁹ Los fragmentos aducidos como ilustraciones proceden de distintas fuentes. Entre otras, Tannen (1994), Evans (1992) y la película danesa dirigida por Susanne Bier, *Den skaldede frisør* (2012) (*Amor es todo lo que necesitas*).

prisma global disfrazado de empatía que lo convierte en regulador de toda la enunciación: se adelanta a la reacción del receptor y condiciona (y manipula) su respuesta. En una palabra, se introduce en su mente y le señala qué pensar, qué valorar, qué decir o incluso qué hacer. Es lo que se ilustra en ejemplos como los siguientes:

4. *Tú* nunca lo entenderías.
5. Ahora *vas a pensar* que esto es lo natural /Ahora *vas a pensar* que hay una causa.
6. Ahora *vas a decir* que saldremos adelante.
7. Ahora *vas a hacer* el despistado y después a organizar planes.
8. Ahora *vas a suponer* que habíamos trabajado en ello.

Las huellas de la mente resultan significativas en circunstancias en las que predominan las marcas de primera persona, enunciador egocéntrico que refleja en sus mensajes el control conversacional al no dar cabida a la comprensión por parte del interlocutor. El reflejo total del marco comunicativo recae sobre su toma de perspectiva alrededor de sus turnos, o de la personalización de los acontecimientos. La falta de empatía es notable, así como la negación de coordenadas equitativas de conversación fluida y natural: se anula el papel de escuchante y todo el proceso se tamiza a través del emisor dominante. Puede que incluso los participantes desempeñen únicamente el papel de emisores, sin ruta interactiva y conversacionalmente efectiva, porque cada uno se ubica en un universo propio sin adaptarse al otro (es muy ilustrativo a este respecto el análisis de *Escenas de un matrimonio* (1974) de I. Bergman, contenido en el capítulo 4 de Tannen (1994), y escrito en colaboración con R. Lakoff).

La carencia de empatía limita la capacidad para comprender al interlocutor. De ahí la proliferación de hilos de conversación y el empeño por asumir el control de la comunicación: en tales circunstancias, el emisor con poder absoluto no contempla el papel de escuchante. Lo que se ejemplifica en las siguientes producciones:

9. *Mi mucha dedicación* esta semana para resolver temas importantes.
10. *Lo que yo he pasado* cuando estabas en el hospital.

11. *Te estás disgustando por nada.*
12. *Cada uno crea su propia realidad.* ¿Por qué te quejas?
13. *Yo no te lo he pedido nunca.*

El protagonismo, las más de las veces convertido en monopolio, de emisores varones limita y anula las intervenciones cuando se trata de interlocutoras mujeres. Sea porque el dominio de turnos se acapara, sea como consecuencia del estilo de confrontación antes que cooperativo. Pueden darse circunstancias de hilos de conversación variados que se mantienen sin dar entrada a argumentos de apoyo ni tampoco a intervenciones disonantes. O bien hilos de conversación múltiples y variados que se cambian sin aguardar consideraciones o aportaciones que faciliten temáticas y profundización de ideas. Quizás, en conjunto y en general, no sean sino muestra de ligereza y superficialidad frente a profundización (Tannen, 1994, 65 y ss.).

En cualquier caso, la gestión de la conversación se define como eje que determina el desarrollo de la interacción. Y a este respecto hay que tener en cuenta que:

- (a) los participantes usan diferentes recursos lingüísticos para lograr fines similares (sinonimia pragmática o paráfrasis),
- (b) los participantes manejan recursos similares para lograr fines distintos (homonimia pragmática o ambigüedad), y
- (c) pueden también recurrir a idénticas estrategias dirigidos a los mismos fines (identidad pragmática) (Tannen, 1994: 148).

En el desarrollo de destrezas comunicativas suficientes descansa la consecución de ideales de gestión consciente (simétrica o no) de la interacción, y que pueden definirse en torno a los objetivos de:

Distancia: El cometido es constatar separación o privacidad. Formalmente, no se marca la confrontación ni el conflicto, así que la hostilidad puede canalizarse a través de la ironía, el sarcasmo o la impersonalidad.

Deferencia: El propósito es evitar la imposición y la asimetría; la interacción es factible mientras no se exhiba un papel dominante. El conflicto puede hacerse patente en las intervenciones o mediante el silencio.

Camaradería: Se reconoce abiertamente la interacción equilibrada. Ahora bien, la igualdad permitirá expresarse de manera amistosa o de modo hostil.

En definitiva, detectar o resolver asimetrías en marcos conversacionales pasa por disponer de estrategias comunicativas conscientes que faciliten bien la ruta hacia el equilibrio, o bien la capacidad para eludir el conflicto o el abuso verbal. Las huellas de la mente visibles en rasgos formales son indicadores excelentes de la toma de perspectiva de los participantes. Como también lo son los procedimientos de control y de gestión en el discurso del papel que los intervinientes se autoadjudican en el marco comunicativo. En el proceso de construcción discursiva la participación individual con identidad estimada se balancea entre los dos polos definitorios del marco conversacional, (a) la deferencia (*deference*) y (b) el comportamiento propio que tiende a un modelo (*demeanor*)¹⁰ (Kendall 2003). Más que una disposición de mera adaptación y exclusivamente colaborativa, parece que la ruta idónea es la de construir perfiles con funciones definidas de intervención discursiva en distintos marcos. Serán esas funciones las que permitan eludir o afrontar las situaciones asimétricas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BATESON, Gregory (1972). *Steps to an ecology of mind*, New York, Ballantine.
- BENVENISTE, Émile (1966). “De la subjetividad en el lenguaje”, en Benveniste, É. (1976), *Problèmes de Linguistique Générale*, Paris, Gallimard (el trabajo original se publicó en *Journal de Psychologie*). Traducción al español de J. Almela, *Problemas de Lingüística General*, México/Madrid, Siglo XXI, 1971, 179-187.
- BENVENISTE, Émile (1970). “El aparato formal de la enunciación”, en Benveniste, É. (1974), *Problèmes de Linguistique Générale II*, Paris, Gallimard

10 Los conceptos de *demeanor* y *deference* han sido introducidos por E. Goffman (1967) para explicar cómo se construyen identidades en las prácticas interactivas cotidianas. Según S. Kendall (2003: 604), “people display certain qualities through actions that convey demeanor, and an important component of these qualities is the manner in which they extend deference to others -that is, their face-related practices”.

- (el trabajo original se publicó en *Langages*, 5/17, 12-18). Traducción al español de J. Almela, *Problemas de Lingüística General II*, México/Madrid, Siglo XXI, 1977, 82-91.
- BLAKEMORE, Diane (1987). *Semantic constraints on relevance*, Oxford, Blackwell.
- BOSQUE, Ignacio (2012). "Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer", [http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000040.nsf/\(voanexos\)/arch50C5BAE6B25C8BC8C12579B600755DB9/\\$FILE/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_la_mujer.pdf](http://www.rae.es/rae/gestores/gespub000040.nsf/(voanexos)/arch50C5BAE6B25C8BC8C12579B600755DB9/$FILE/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_la_mujer.pdf) (consulta el 7/1/2013)
- BRADLEY, John (1998), "Men Speak One Way, Women Another", en Coates, Jennifer (ed) (1998), 26-35.
- BUCHOLTZ, Mary (2003). "Theories of Discourse as Theories of Gender: Discourse Analysis in Language and Gender Studies", en Holmes, Janet & Meyerhoff, Miriam (2003), chap. 2, 43-69
- CAMERON, Deborah (1995). *Verbal Hygiene*, London, Routledge.
- CAMERON, Deborah (2001). *Working with Spoken Discourse*, London, Sage.
- CAMERON, Deborah (2003). "Gender and Language Ideologies", en Holmes, Janet & Meyerhoff, Miriam (2003), chap. 19, 447-468.
- COATES, Jennifer (1996). *Women Talk*, Oxford, Blackwell.
- COATES, Jennifer (ed.) (1998). *Language and Gender: A Reader*, Oxford, Blackwell.
- COATES, Jennifer (2003). *Men Talk*, Oxford, Blackwell.
- CRAWFORD, Mary (1995). *Talking Difference: On Gender and Language*, London/Delhi, Thousand Oaks/Sage Publications.
- ECKERT, Penelope & McConnell-Ginet, Sally (2003). *Language and Gender*, Cambridge University Press.
- EDWARDS, DEREK & POTTER, Jonathon (1992). *Discursive Psychology*, London, Sage.
- EVANS, Patricia (1992). *The Verbally Abusive Relationship*, New York, Adams Media Corp. Traducción al castellano de V. Pruzzo, *Abuso verbal. La violencia negada*, Buenos Aires, Ediciones B, 2000.
- GALLARDO PAÚLS, Beatriz & HERNÁNDEZ SACRISTÁN, Carlos (2013). *Lingüística Clínica. Un enfoque funcional sobre las alteraciones del lenguaje*, Madrid, Arco Libros

- GARCÍA GARCÍA, Emilio (2005). "Teoría de la mente y desarrollo de las inteligencias", *Educación, desarrollo y diversidad*, 8/1, 5-54.
- GOFFMAN, Erving (1967). *Interaction Ritual: Essays on Face-to-face Behavior*, New York, Pantheon.
- GOFFMAN, Erving (1974). *Frame analysis*, New York, Harper Colophon.
- GOFFMAN, Erving (1981). *Forms of talk*, London, Blackwell.
- HERNÁNDEZ SACRISTÁN, Carlos & GALLARDO PAÚLS, Beatriz (2010). "Tres condiciones de empirismo para los hechos del lenguaje, de interés en un enfoque cognitivo", *RSEL*, 40/1, 73-96.
- HOLMES, Janet (1995). *Women, Men and Politeness*, London, Longman.
- HOLMES, Janet & STUBBE, Maria (2003). "Feminine Workplaces: Stereotype and Reality", en Holmes, Janet & Meyerhoff, Miriam (2003), chap. 25, 573-600.
- HOLMES, Janet & MEYERHOFF, Miriam (2003). *The Handbook of Language and Gender*, Oxford, Blackwell.
- JESPERSEN, Otto (1922). *Language: Its Nature, Development and Origin*, London: Allen & Unwin.
- KENDALL, Shari (2003). "Creating Gendered Demeanors of Authority", en Holmes, Janet & Meyerhoff, Miriam (2003), chap.26, 600-623.
- KOTTHOFF, Helga & WODAK, Ruth (eds.) (1997). *Communicating Gender in Context*, Amsterdam, John Benjamins.
- LAKOFF, Robin (1979). "Stylistic strategies within a grammar of style", *Annals of the New York Academy Sciences*, 327, 53-78.
- LAKOFF, Robin (1985). *Language and Woman's Place*, New York, Harper & Row.
- MARTÍN GARCÍA, Ma Jesús; GÓMEZ BECERRA, Inmaculada; CHÁVEZ BROWN, Mapy & GREER, Douglas (2006). "Toma de perspectiva y teoría de la mente: aspectos conceptuales y empíricos. Una propuesta complementaria y pragmática", *Salud Mental*, 29/6, 5-16.
- REVIÈRE, Ángel; SARRIÀ, Encarnación & NÚÑEZ, María (1994). "El desarrollo de las capacidades interpersonales y la teoría de la mente", *Contexto y desarrollo social*, 47-77
- REVIÈRE, Ángel & NÚÑEZ, María (2001). *La mirada mental: desarrollo de las capacidades cognitivas interpersonales*, Buenos Aires, Aique.